

oyó decir entre sí á los marineros que venían perdidos y el Almirante les respondió que les daría presto tierra. En las probanzas, donde tantos compañeros de Colón atestiguan, uno sólo habla de motín y de sublevación en armas, pero por oídas y de referencia, pues no asistió al primero y más glorioso de todos los viajes. Tras larga consulta sobre tal incidente y prolija confrontación entre diversos papeles, deduzco yo que no sobrevino motín alguno, aunque sobrevinieron muchas murmuraciones y requerimientos, por lo cual me atengo al relato de tal escena, hecho por el erudito investigador Fernández Duro, en su informe sobre las relaciones entre Pinzón y el Almirante, al iniciarse y concluirse la primer exploración del mar tenebroso y el primer encuentro de América. Se funda toda la referencia del académico historiador en las atestiguaciones más sinceras y más dignas de crédito, expresadas por el piloto, retirado á Santo Domingo, Hernán Pérez Mateos, que las dió tal como las guardaba su memoria, cercano por su edad á presentarse al divino Juez y sabiendo cuánto se pena en el otro mundo y cómo nos deshonra en éste la mentira. Con efecto, la tripulación del buque almirante pedía la vuelta, insistiendo mucho y muy alto en su petición. Hay quien ha querido aminorar la ceguera de aquellas gentes con el ingenioso alegato de que pedían la vuelta, pero no á España, no, á islas dejadas en el camino por la pertinacia del descubridor en ir hacia Occidente, pertinacia contrastada por Pinzón, quien barloventeaba con frecuencia, como que tenía nave superior como velera de suyo á la capitana, pero sin separarse nunca de la vista del capitán. Con efecto, proponía el teniente inclinarse un poco al Sur en aquella demanda continua de Occidente, pero sin llevar su proposición allende los límites del consejo. Algún grado menos de respeto debieron emplear los marineros de la *Santa Maria* que Pinzón, cuando un día el Almirante reunió de súbito la asamblea de jefes, si creemos las probanzas judiciales, en que tanto se controvertieron y dilucidaron los hechos componentes de una trama

tal como la historia del primer viaje. Y en cuanto barloventaron las dos carabelas y departieron entre sí los capitanes con su jefe, poniéndose al habla, Colón debió contar lo sucedido con toda lisura y exponer lo demandado con toda verdad. Y sabido lo pasado, Pinzón expuso lisa y llanamente su juicio, corroborador de todo lo dispuesto por Colón, juicio seguido de reprobación militar á las reprobables pretensiones y á los insumisos pretendientes. «¡Señor!—exclamó el animoso armador de Palos, dirigiéndose al jefe de todos, en reprobación de la irreverencia de algunos—ahorque vuesa merced á media docena de ellos y écheles al mar, y si no se atreviere, yo y mis hermanos barloaremos sobre ellos y lo haremos, que armada que salió con mandado de tan altos príncipes, no habrá de volver atrás sin buenas nuevas.» Y al oír esto de hombre tan experto, en castellano tan limpio, con acento de convicción dicho, y corroborado por ademanes demostrativos de que seguiría inmediatamente al vocablo el hecho, conformáronse los recelosos con la suerte suya, y volvieron, bien ó mal de su grado, á la calma necesaria y á la consiguiente obediencia. Pasó en esta singladura lo mismo que pasara en el acto y momento de la dificultosa levá: lo vedado al hombre genial se facilitó por la experiencia y por el crédito y por el valimiento de un segundo, poderoso en cosas muy secundarias, pero tan precisas é indispensables como las primeras al debido logro y deseado fin de la empresa. Créese la gente vulgar menos humillada obedeciendo los mandatos de un hombre á su altura que tomando los consejos venidos desde las vertiginosas cumbres del genio, impenetrables á la vista común. En cuanto advirtió Colón la eficacia del poder moral de los Pinzones sobre la marinería de su propia nave, díjole agradecido, con lágrimas en los ojos y dulce melancolía en la voz: «Seáis bienaventurado.» Y tras esta bendición, volviéndose á los compañeros suyos, muy penetrado, por cierto, de que no les faltaba la razón, dadas las indefinidas prolongaciones del viaje, añadió: «Martín Alonso, con estos hidalgos hagámonos bien y

andemos otros días, é si en éstos no halláramos tierra, daremos otra orden en lo que debamos hacer.» Debió parecerle al teniente sobrada concesión ésta por Colón á los disgustados, y con voz que dominó por su pujanza los fragores de alisios y de olas, gritó: «¡Adelante, adelante, adelantel!» Con efecto, esta exclamación triple, lanzada por aquel marino de firme voluntad y acerado temple, salvó la expedición á los términos y acabamiento, como la diligencia y actividad suya la inició también y aparejó á los comienzos. Cualesquiera que hayan sido más tarde los procederes y actos de Pinzón, remitamos á más tarde también el dar nuestro juicio sobre ellos, pero digamos ahora cómo por su arresto y resolución en este supremo instante, merece compartir sin segundo alguno con Colón la gloria inmarcesible del descubrimiento de América. x

Pero, á decir verdad, ninguno de los que al descubrimiento cooperaron debe ser con ingratitudes retribuído, aunque sintiera los espasmos del terror engendrado por naturales cavilaciones propias de una empresa tan temeraria que les daba una perplejidad tan grande. Aquella marcha sin descanso y sin término hubiera puesto miedo en el ánimo de los titanes destinados á limpiar el mundo prehistórico de monstruos exterminadores. Necesitábase menos coraje para cualquiera de los hercúleos trabajos descritos por las fábulas que para este trabajo de paciencia. Y cuenta que, si los marinos conocían el tiempo empleado en la expedición, desconocían el espacio recorrido. Colón guardaba escondida la suma de millas, como ya hemos dicho, llevando para ello dos cuentas, una verdadera para sí, otra falsa para los demás. Ninguno de los cálculos, fuera del hecho para sí mismo, acertaba con la distancia. El 1.º de Octubre dijo el piloto de la capitana encontrarse del meridiano de la Isla de Hierro hacia Poniente apartado unas quinientas setenta y ocho leguas, cuando el descubridor sabía con evidencia que se hallaban unas setecientas y siete. Y por aquellos mismos días contaba la *Pinta* una carrera de seiscientas treinta y cuatro

leguas desde la Isla de Hierro, mientras contaba la *Niña* quinientas cuarenta leguas. Andando así, uno de los Pinzones, que se había de las vergas colgado, lanzó el grito de «Tierra» caído como repique de Resurrección pascual en las orejas de aquellos viajeros, aquejados del achaque de darse por muertos, como perdidos en el Océano inmenso é insondable. En cuanto el grito salvador oyó Colón, hincóse de rodillas enajenado sobre cubierta; plegó las manos con devoción, como un asceta, sobre su pecho; alzó en éxtasis al cielo su mirada resplandeciente de regocijo; y entonó el *Gloria in excelsis Deo* con que la Misa exalta diariamente al Autor de todo lo criado. Por nuestras creencias religiosas, por nuestras costumbres nacionales, por nuestra educación doméstica, las aleluyas y los hosannas, exhalados en las festividades eclesiásticas, penetran, como una suave melodía, por el oído y mueven hacia lo alto como un aura celestial el corazón. En cuatro misas muy solemnes resuena el *Gloria in excelsis* de un modo excepcional: en las misas de Jueves y Sábado Santo, en las misas de Nochebuena y Ascensión, llamadas por el habla popular misa del Gallo la primera y misa de Hora la segunda. Muchas veces os habrá conmovido el cántico triunfal bajo las bóvedas altísimas de nuestros templos, llenos de incienso que trasciende á plegaria y esclarecidos por lampadararios y candelabros que alimentan así la cera como el aceite litúrgicos; y cuando el coro entona la salmodia severísima y sublime al son de las trompetas angélicas resonantes en el órgano y de los salterios regocijadores del ánimo y de las campanas que agitan los aires con sus jubilosos repiques, habréis visto pasar por vuestra retina, iluminada de fe cristiana, la cuna de nuestro Redentor con sus pajillas y sus estrellas, la Resurrección de Pascua Florida con todo su cortejo de alegres cánticos y todo su aleteo de ángeles y serafines, el monte Tabor de la transfiguración divina eterizado al contacto de las ideas cristianas, los panes angélicos que hacen consustancial con el espíritu divino al humano espíritu; arrodillados

sobre las losas funerarias, bajo cuya pesadumbre duermen el sueño eterno vuestros mayores, ya juzgados, y al pie del sacro altar, tras cuyo retablo esplende la gloria entrevista en todas las esperanzas religiosas; pero creed y confesad que debía superar á todo esto la iglesia formada por el infinito material y el tabernáculo compuesto por los esmaltes de cielos unidos con los mares en las bóvedas de los horizontes visibles, y el órgano de las brisas alisias acompañadas por los latidos del oleaje ondulante, y el incienso de las dulces evaporaciones oceánicas condensado en rocío, y el ara erigida sobre aquella nave suspendida entre dos abismos, y el coro de aquellos robustos marineros, á cuyos ecos fervorosos, como al eco del Verbo divino lanzado sobre la sustancia caótica en el día primero de la creación bíblica, se renovaba y se rehacía todo el Universo. Pero inútiles todas estas exaltaciones. La tierra no parecía por ninguna parte; antes bien se disipaba conforme se iban acercando al sitio desde donde alucinaba los ojos y las esperanzas con sus mentidos mirajes. Un fenómeno, parecido al frecuentemente generado, por el sol en las arenas líbicas, repetíase por el Atlántico en aquella ocasión. Así como al rebote de los rayos solares sobre los desiertos, un lago de agua dulce y fresca surge delante de los ojos y humedece los labios; á la refracción de los rayos solares en las columnas de vapores oceánicos fórmanse intercolumnios, templos, ciudades, como en los nubarrones del ocaso teñidos por los rayos del sol poniente se suceden cuadros de contornos brillantísimos y de figuras increíbles por lo extrañas y fantásticas, tras las cuales hemos columbrado, entre las pasiones de mozos y entre los juegos de niños, las ilusiones y fantaseos del alma, no menos embusteros que las falsas perspectivas trazadas por el encuentro de las moléculas acuosas con las moléculas etéreas en la infinidad del espacio. Dos veces las dos carabelas que iban á las órdenes de la nave capitana creyeron vislumbrar un cercano continente, de suyo tan ficticio como los bien inciertos deseos é inconsistentes alucinaciones que la sensación y el pen-

samiento sugieren al espíritu. Compuesta la vida, por su condición irremediable, con materiales de grandezas enormes y tristes pequeñeces, mezclábase á la exploración y á la investigación puramente científicas el espoleo de los intereses y de los premios y de los lucros tangibles. Los Reyes, entre las disposiciones precedentes al embarque de los expedicionarios, dieron una, señalando diez mil maravedís al primero que viese tierra en la gigante inquisición y busca del ignorado territorio tras las aguas oceánicas escondido. Y así como antes de refrenado el desacato parecídisimo á un motín incipiente, y frustrado apenas se formara, nadie divisaba si no el abismo y la muerte y la nada, por esas reacciones vulgares en las alternativas del ánimo, ahora creían todos sentir las difusiones de una vida exaltada en sus venas y los asomos de un mundo nuevo en el Océano. Y esta certidumbre, sucediendo á la perplejidad antigua, por tal manera se arraigara en los ánimos, que creían haber dejado á la espalda, si no un continente, islas no descubiertas por la pertinacia del capitán de la escuadrilla en dirigirse de continuo á Occidente. Así debemos comprender y explicar el que los marinos de la *Niña* llegasen á una tan grande alucinación como disparar su cañon y enarbolar su bandera delante de un espejismo. Para evitar la frecuencia de tales equivocaciones y precaverse contra ellas el Almirante dispuso la mesura y la reserva en adelantar noticias, excluyendo para siempre de la merced regia y hasta de opción á ella, sin remedio, á quien gritase haber visto la tierra y no tuviese la dicha de ver al tercero día de su aviso cumplida y realizada su visión. La vuelta de nuevos engaños tras mentidas esperanzas podía traer nuevos desengaños, los nuevos desengaños desalientos, los desalientos perturbaciones, y en éstas frustrarse toda la expedición. Mas, para que los Pinzones no murmurasen tras estos engaños de su deseo y tras este marro de sus avisos; como fueran barloventeando siempre quince leguas á la redonda de su capitana, por tener barcos más veleros bajo sus órdenes y mayores impacencias en sus almas, Colón los atendió un poco,

desviándose del paralelo de la Isla de Hierro, por donde procurara dirigir siempre su rumbo, y yéndose por la cuarta del Sur. Bien es verdad que, conforme iban los mediados de Octubre acercándose, iban también los pajarillos en bandadas corriendo á las carabelas, y conforme iban corriendo á las carabelas, iban despertando esperanzas de tierras próximas en los ánimos. Pinzón mostró al capitán que precisaba, no solamente seguir el curso de las estrellas por los cielos, sino seguir también el vuelo de las aves por los aires, como hicieran los portugueses, quienes, á virtud de tal proceder encontraron los territorios recogidos en el común acervo de sus innumerables dominios. Por manera que las avecillas, no solamente acompañaban al marino en la soledad infinita del Océano y regocijaban la vista con los colores de sus plumas y henchían los aires con el coro de sus gorjeos, sino que, verdaderos guías y pilotos, iban precediendo, á manera de los ángeles en los relatos bíblicos, á los peregrinos aquellos, renovadores de la Naturaleza; y sembraban á una con sus nerviosas agitaciones y con sus cantos no aprendidos, por doquier, algo parecido á los rezos murmurados por Colón sobre su nave al aguardado anuncio de tierra.

CAPÍTULO XX.

!!! TIERRA !!!



RA la tarde del 11 de Octubre de 1492. Precisaba, en vista de todo, pues, aparejar y apereibir las ordenanzas y disposiciones conducentes al próximo desembarco. El Almirante las traía muy pensadas, pues ni un minuto dudó en quince consecutivos años del cumplimiento de sus previsiones y de la verificación de sus proyectos. Comenzó en aquel momento revelador por sondear, y encontró fondo, bien al revés de antes, que flotaba sobre un mar insondable. Miró los celajes, y columbró en las nubes, tan escudriñadas por los avizores ojos del marino experto, correspondencias misteriosas con costas y riberas indudablemente cercanas. Unió á estas observaciones la observación de los vientos, muy tranquilizadores, puesto que soplaban de todas partes con suma variedad; y en esta variedad traían avisos múltiples de las sinuosidades ingénitas á la parte firme del planeta, en contraposición á la acuosa, que tan constante uniformidad presta con la uniformidad propia de sus senos al curso de los vientos. Así ordenó que bajasen las velas en cuanto les diera para ello la próxima orden; y, acercándose á la capitana en lo posible, quedasen al paio con ella. Insistió en el mandato de cerciorarse mucho del encuentro cercano con la